

# mi tu lá

# CIUDAD



## CIUDAD REAL.

En la estación de ferrocarril, estereotipada, impersonal y casi impropia de una capital, bajarónse una de estas frías mañanas Jacinto, cuyo portafolios parecía pesar más que él, Iluminado, con una caja de galletas de la que el cordel apisionado amenazaba con romperse, y Lucio, preocupado hasta la desesperación por no perder la valiosa piedra que nadaba en el interior de un bolsillo cualquiera de su cazadora.

Descendieron por la calle Alfonso X (vulgarmente llamada "Ciruela") y extraviáronse cada uno de ellos en sus distintos destinos.

Iluminado, así que llegó a la plaza del Pilar (extraño núcleo de seres amorfos donde, a la intemperie, por cuarenta pesetas abonadas en el acto, te puedes tomar una farola con pincho incluido en "Los Faroles", valga la redundancia, caigan chuzos de punta o lava ardiente, de pie, siempre de pie sin saberse el porqué), preguntó donde estaba sito el teatro municipal.

A Jacinto le dolía la cabeza pero al llegar a los Nuevos Ministerios, organismo que da de comer a una buena parte de la población, creyó volverse loco. De todas maneras era aún media mañana y decidió controlarse ante la perspectiva de tener que visitar la mayoría de los bancos (que son miles) de la capitaleja. Pateóselos todos y pudo comprobar así la asepsia, la desgana y la desesperación con que una buena parte de la misma población se busca las judías. Al pasar por la plaza Mayor miró de soslayo con cierta extrañeza un edificio del que le informaron ser el Ayuntamiento que mas bien parecía una tarta flamenca cuyas agujas albergaban un reloj que dieron las dos en el momento justo en que Iluminado, bajo los soportales, con su caja de galletas, preguntaba a cualquier transeúnte donde estaba sito el teatro municipal. Dos mujeres cruzaron elogiando la buena transformación del mercado de abastos y tropezaron con él sin disculparse.

Jacinto entró en "Las Lagunas" y pidió un vaso de agua y una aspirina. A su lado miró sin ver a Lucio que con un grupo de colegas, de pie, a la intemperie, sin saber por qué, conversaba inanimadamente de la inmediata movida nocturna a la

# CR

que había sido invitado. Si no hubiese estado tan pendiente del portafolios, habría visto como una vez concluidas sus cañas, se marcharon en tropel a buscar un sitio donde poder comer barato y que luego no encontraron, sencillamente porque no había.

A eso de las seis de la tarde, Iluminado andaba buscando todavía alguien que le informase sobre el teatro municipal en el vestíbulo del Conservatorio donde un desaprensivo le había mandado por equivocación. Entanto que Jacinto, después de comer en "Miami Park", bien y por una cantidad desorbitante, decidió irse a visitar monumentos. Pero ni fue a la Puerta de Toledo (restos de una muralla árabe), ni a la Catedral (única en su especie por constar de una sola planta y donde aún se venera a la patrona), ni a la Iglesia de San Pedro ni al Museo Provincial. Tampoco se dignó pisar el museo "Elisa Cendrero", ni la Casa de la Cultura (construida alrededor de un piano de cola por cierto arquitecto que creyó que la cultura en el salón de actos sólo podían asumirla dos o tres concertistas a lo sumo, olvidándose que también son cultura un orfeón, un ballet e incluso una dramatización), ni el suntuoso edificio de la Diputación. Quedose absorto ante la nueva sede del Banco de España (algo así como una cárcel de granito) y por poco pierde el tren.

Iluminado no tenía dinero para hospedarse en el Hotel "Castillo", ni en el "Molino" ni en el "Almanzor" pero le hubiera gustado saber por qué razón nadie le había dicho donde estaba sito el teatro municipal. (Siquiera por no volver al pueblo con la caja de galletas).

Lucio, en cambio, lo pasó divino. No recordaba cuando tomó el tren si aquella rubia oronda que dormitaba en su hombro se le había pegado en el "Portazo", en el "Revés", en el "Ave Turuta", en el "Crack" o en el "Repris" pero la china había surtido efecto y aunque le esperaba una buena bronca (se había olvidado de comprarle a su abuela una edición de los "Los Tres Mosqueteros" que seguramente no habría encontrado ni en "Manantial", ni en "Aspa", ni en los Morote, siquiera en "Tartessos") estaba contento.

Jacinto aún tuvo tiempo de pasar por el "Saint Tropez" para jugar una partidilla de ajedrez junto a un buen cubata entre moquetas y plantas sintéticas arrullado por la meliflua voz de un cantante pasado de moda y por el "Bastón" donde se puede ver a toda clase de señoritas y señoritos ociosos de doctorado reciente envueltos en los últimos modelitos que lucen los pretenciosos escaparates de la ciudad.

No se paró en los novísimos bien cuidados jardines, ni en las carteleras deprimentes de los dos únicos cines que para conformar a unos cuantos regalan a veces con alguna que otra buena película.

Alguien le previno de que llegado el verano, la capital adquiere otro cariz ni mejor ni peor pero sí diferente. Y sin saber por qué, prometió volver. Sin embargo, no ayudó a Iluminado cuando, una vez subidos al tren, seguía preguntando por la ventanilla, igual que un demente, como era posible que nadie le hubiera dicho donde estaba sito el teatro municipal.

MARY CRUZ DE LOS RIOS